

Ulyses

Noticario

EL MUNDO DE AYER.

Aquellos que sienten respeto sincero por los hombres que han hecho profesión de fe inquebrantable de sus anhelos artísticos, hasta consumirse en la llama de su vocación, sin más norma que el continuo perfeccionamiento, experimentarán al leer este libro un agrado ético y estético muy singular. Dicho ánimo, al conocer las alternativas ocurridas en el curso de 50 años vividos por un hombre occidental al ciento por ciento, se transformará en admiración lisa y llana hasta lograr esa identidad de autor con lector que encauza en imborrable conocimiento.

Educado Stefan Zweig en los más aristocráticos gimnasios de Viena, su vida desde los primeros días de su infancia, sucede en función de su responsabilidad cultural, bajo una égida absorbente que polariza su existencia de ser perecedero, hacia la vivacidad eternamente diáfana del espíritu.

Para él y para todos los muchachos de su generación, unidos por aficiones y aptitudes comunes, no existe una alegría mayor que recoger un autógrafo de artista célebre o convivir ese intercambio verbal que aproxima al ídolo mil veces imaginado a través de la lectura, al hecho cotidiano palpable y frecuente.

Ellos admiran a los creadores de élite que todavía nadie descubre en Europa, como ser Paul Valery y Rainer María

Rilke, y al mismo belga Emilio Verhaeren con quien Zweig intimida durante años, hasta que la guerra de 1914 los separa temporalmente, para reanudar su unión después con mayor fuerza, poco antes de que Verhaeren muera en Francia arrollado por un tren.

El espíritu sutil de Zweig enraizado demasiado hondo en el sentido de la cultura occidental, se mantiene incorruptible cuando acaece el delirio bélico de 1914 y observa con ánimo sereno, pero entristecido, muy próximo al escepticismo irremediable, la partida de hombres y adolescentes que se van al matadero con la sonrisa iluminada en los labios o con el canto patriótico inundando sus gargantas.

Un puesto cómodo, mimetizado en el severo engranaje militar austríaco, permite a Zweig observar desde cerca, la otra cara de la medalla y distinguir la ruina desatada por un conjunto de hombres de diversas nacionalidades que tratan de matarse entre sí, carentes de motivos para odiarse, habitantes de un continente que, por la vecindad de sus fronteras, podría convivir unido en una actitud progresista y fraternal. A esa matanza que sólo unos pocos espíritus condenan sin titubeos, sucede inevitablemente el caos moral, el hambre y la muerte y después de presenciar las orgías históricas ocurridas en Viena, ciudad donde antes primó el sentimiento de seguridad y pulcritud propio de las viejas burguesías, Zweig comprende con serena y desencantada lucidez que la nacionalidad alemana, busca un caudillo a quien obedecer y un déspota para exaltar como guía en medio de las tinieblas.

Sin embargo, tal como Cervantes cuando inicia la segunda parte del Quijote, sin delatar la menor alteración de su espíritu por las persecuciones y usurpaciones de que fué víctima o Fray Luis de León al reanudar sus tareas en Salamanca, Zweig cuida de no exagerar el acento mientras su pluma hilvana todos los azares de su martirio, tanto más intenso si se considera que afligía a un hombre que había paladeado la total gloria artística

y la divulgación de sus libros en las más variadas y desconocidas lenguas.

Su obra se prohíbe en Alemania y luego en los países que sucumben resignados bajo su tutela. Los profesores judíos son destinados a barrer las letrinas de las tropas de asalto y marcados con la estrella de Israel, corren desposeídos de todo por las calles sirviendo de blanco a denuestos y agresiones; Siegmund Freud el genio del psicoanálisis, el hombre occidental que parece resumir en su técnica psicológica un conocimiento introspectivo de siglos que ahora el hombre rechaza como animal soberbio, es salvado con gran parte de sus obras y huye a Inglaterra, país donde muere sobreponiéndose con heroísmo a los más duros quebrantos físicos. Stefan Zweig también emigra, pero la satisfacción, la tranquilidad de su espíritu super-fino no está en el guarecido destierro. Sufre con la certidumbre de no tener patria, sin haberse imbuído con la motivación religiosa de un éxodo, en ser un refugiado, un hombre sin lícitos arraigos en nacionalidad alguna.

Quizá si este sentimiento explique, en parte, las causas de su suicidio, ocurrido en el Brasil, en plena segunda guerra mundial, sin apremios económicos, huésped de un país joven que apreciaba su talento y se nutría con sus obras.

Se descubre su alma demasiado vinculada a la génesis potencial de una cultura, a las circunstancias preciosas que la sostienen y la hacen viva con el correr del tiempo, para exigirle que soporte el definitivo aplastamiento.

No en balde surgen vivas las siluetas de Rilke, meticuloso y hermético, sin otorgar su entusiasmo nada más que a sus arrebatos líricos, a sus éxtasis estéticos; de Romain Rolland alto y austero, estirando la cuerda frágil de su salud hasta un límite temerario para no interrumpir su continua actividad de sabio y de artista; de Siegmund Freud, torturado por un paladar artificial, sin ceder en la severidad de su juicio franco que lo im-

pulsó a presentar a Moisés como egipcio y a desmentir por lo tanto, su origen hebreo, en plena persecución semita.

La fama extraordinaria alcanzada por Stefan Zweig puede haber popularizado en exceso su nombre, dándole ese nimbo que las intelectualidades refinadas no aman, mas la lectura de este libro autobiográfico, sincero y magnífico, confirma que Zweig integró, desde su juventud, lo que con mayor estrictez puede considerarse una élite artística y basta para cerciorarse de ello, la confesión que hace de sus esforzados métodos de trabajo y la lectura atenta de su obra cumbre, según nuestra opinión, «La lucha contra el demonio».

MANGLAR.

«Manglar», según el glosario de esta obra, significa zona poblada de mangles o sea de árboles crecidos en ciénagas y esteros, a la orilla del mar, que con la baja marea, dejan al descubierto largas raíces por entre las cuales se puede bogar.

He aquí de inmediato, sin otro trabajo que revisar el glosario, una visión vigorosa del trópico. El resto debe encontrarse en el desarrollo de la novela «Manglar», (Nascimento 1947), hecha de frases cortas, plásticas, que en algunas ocasiones se conforman con la simple sugerencia y con la síntesis derivada de una metáfora audaz y poética.

Joaquín Gutiérrez, su autor, es además de prosista un poeta y fué un hombre de acción que aun conserva los brazos y las piernas firmes y que vierte en la literatura ese hálito viril de los verdaderos artistas, sin miedo a la emoción contenida o desahogada hasta los repuntes del llanto.

Esto en cuanto a la forma. En lo que atañe al fondo, la acción novelística ocurre con una trama mínima, pues la técnica de Gutiérrez consiste en colocar sus personajes frente a frente y dejarlos actuar por simple contraste, por extroversión de humanidad, sin ocuparse en perfilar ni en caracterizar buscando pre-